



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12189

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extra-
no.—Tres meses 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
á 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MARTES 1.º DE JULIO DE 1902

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Casimiro
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

Desde los Molinos

Sr. Dr. de El Eco:

Apenas terminadas las fiestas de San Pedro, que han tenido verdadera resonancia, atrayendo sobre este barrio una concurrencia enorme, tanto de esa ciudad como de los barrios y caseríos próximos, ya se piensa en realizar otras que serán no menos importantes y alegres.

El caso lo merece; se trata de la próxima inauguración del apeadero, mejor que por tiempo tan dilatado ha tenido la atención de estos habitantes y no es cosa de que pase en medio de la general indiferencia suceso de tan gran importancia.

Durante años enteros se ha estado trabajando en su consecución y ora solicitando la influencia del diputado D. José Prefumo, ya recabando la de los demás diputados de la circunscripción, ahora aprovechando la influencia de los alcaldes con el ministerio y luego pidiendo á la corporación municipal su valiosa ayuda, concedida siempre, no ha dejado este pueblo ningún resorte despreciado que pudiera llevarle al logro de sus fines.

Y hay que declarar en conciencia, porque así es de verdad y justicia, que todos, absolutamente todos, estuvieron siempre propicios á servir los intereses de este barrio, realizando con creces la promesa de trabajar con decisión y empeño en que el apeadero de los Molinos fuese una realidad. Desde el exalcalde don Mariano Sanz que fué el primero que comenzó las gestiones, hasta el alcalde actual don Angel Bruna que las llevó á

término feliz y alcanzará el momento de la inauguración, todos cuantos en este asunto han trabajado, lo han hecho con el mismo interés, ó más si cabe, que si de asunto propio se tratara.

Así se expresan estos habitantes al saber que por el ingeniero de la compañía ferrocarrilera se ha significado al Sr. Bruna que el apeadero que tanto les ha preocupado va á inaugurarse el día 25 del mes actual, viniendo á constituir, por circunstancia casualísima, un nuevo festejo, el primer festejo del programa de la próxima feria.

En ese día en que la ciudad se exhibirá con sus galas en honor de los forasteros y los cañones atronarán el espacio cantando las proezas del patrón de España, los Molinos estarán de triple fiesta, por cartagenero, por español y por quedar enlazado de un modo directo á la red ferroviaria.

Cuales sean las fiestas que se han de celebrar, es lo que lleva intrigados á estos vecinos. Se habla de iluminación general, de celebrar una verbena frente á la parada del tranvía, de bailes en las sociedades de recreo, festejo que habrá de singularizarse porque no queda mas que una: el Casino Industrial.

También se habla de una manifestación que habrá de celebrarse, con el oportuno permiso, á la llegada del primer tren al apeadero, que quedará en dichos ó encarnará en hechos, pues todo esto no pasa de ser hasta ahora opiniones particulares de cada uno, que serán aceptadas encarnando en acuerdos ó sustituidas por otras.

Lo que es indudable es que se hará algo, porque así debe ser y porque hay gran interés en que se haga. Si no se hiciera nada habría razón para decir que no importa-

ría tanto el apeadero de los Molinos, cuando estos habitantes no se conmovían al ver el tren parado á la puerta de casa.

Tiempo queda de sobra para discutir y acordar y no tardarán en reunirse los elementos que valen y pueden para dar una muestra de su buen deseo.

Con la promesa de ir poniéndole al tanto de lo que ocurre en esa reunión, se repite suyo affmo.

Un molinero.

TIJERETAZOS

Relatando «Los Noticias» de Barcelona el viaje hecho á Cataluña por el ministro de Obras públicas Sr. Suárez Inclán, dice: «Adn más que el recibimiento de Barcelona, agradó á Suárez Inclán la ovación de Palafrugell.

— ¡Qué aplausos, D. Práxedes!—decía el ministro contando la ovación al presidente —los más chicos como el puño y los mayores de dos kilos de peso! A poco salgo descalabrado por la emoción...»

Sabíamos que en Palafrugell hubo notas agudas que algunos llaman silbidos ó pitadas; pero que hubiese lágrimas de San Pedro....

No, no sabíamos que el apóstol hubiese llorado en Palafrugell.

Y sigue «Los Noticias»: «Claro es que estas demostraciones iban contra los caciques; pero es lo que diría el ministro:

— ¡Caracoles y qué mala puntería tienen estas gentes!»

Y es lo que dirían los de la ovación:

— «El edificio del caciquismo solo puede derrumbarse de un modo: Tirando á la base.»

Dicen de París: «Entre Sahbourg y Arberg, el automovilista M. Thery fué precipitado con su carruaje á quince metros del camino.»

Decía un jugador de monte cada vez que perdía:

«Este juego lo inventó Satanás.» Yo no creo que el automóvil haya sido inventado por el mismo personaje. Pero lo parece.

De todos modos puede definirse el automóvil diciendo que es el vehículo preferido por el diablo para llevarse á la gente en coche.

O el carruaje que pone en comunicación más veloz este mundo con el de ultratumba.

La cuestión de los trabajadores agrícolas de Jerez se ha solucionado.

Los obreros comerán por su cuenta y se los aumentará tres reales el salario.

Si con ese salen gananciosos los obreros, hay que suponer que la comida que se les daba no valía dos reales.

Y ahora filosofen ustedes cuanto gusten. La cuestión lo merece.

¡Des reales cortos la comida de un segador!

¡OH, LOS YANKIS!

¡Oh qué buen país ese de América, sobre todo la región habitada por los sobrinos del tío Sam!

Allí se va á resolver el problema de vivir á gusto y sin necesidades de tiempo. De dinero sí, porque los yanquis no trabajan por las áuitas benditas, sino por el bolsillo del chaleco.

Con la serie de inventos que están realizando se va á reformar todo: hasta el domicilio.

A los que se construyan de nuevo se les puede suprimir dos departamentos importantes: el comedor y la cocina, pues con la nueva alimentación de pastillas concentradas, no hace falta la mesa ni los platos y menos la sartén ó la perola.

De hoy más, el yanqui podrá dar un banquete cuando guste, sin tomarse tiempo ni estar esclavo de la mesa un par de horas. Con que lleve el bolsillo algo grande para rellenarlo de pastillas de carne de pavo, jugo de filete y extracto de jamón, basta. Ni servidores necesitará, porque se bastará él mismo para repartir á la mano el menú.

Cuando el procedimiento alimenticio,

que llamaremos simple, se propague y calga en poder de un americano del 1960 un libro de cocina del siglo diez y nueve, se quedará como quien ve visiones. Para él será un enigma saber que medio siglo atrás era un problema dar de comer á quinientos invitados.

Y no le faltará razón, porque él podrá dar de comer al mismo número sin dificultades. Con que haya una capaza para llevar los platos (las pastillas) y haya gente que alargue la mano, lo restante se reduce á chupar y... hablar de negocios.

Porque, eso sí, un yanqui no puede pasar sin ocuparse del precio del tocino ó de la cotización de la manteca ó del valor que tienen los animales de piezo redondo. Si precisamente es por eso por lo que quieren restarle tiempo á la comida, viajar empujados por el fluido eléctrico y cercenarle al descanso algunas horas simplificando el sueño: por tener más tiempo que dedicar á los negocios.

La cosa tiene la mar de importancia. ¡Qué van á hacer ahora los fabricantes de cubiertos de las distintas platos y demás metales? ¡Qué les confectionaderas de tazas y platos? Hasta los dentistas van á sufrir la violencia del golpe, porque para chupar una pastilla de arroz con bacalao ó de olla gitana no se necesita de esos esterqueos que llamamos dientes.

Estos yanquis buscando su comodidad y su provecho, le van á suprimir el pan al lucero del alba.

Ahora se han propuesto ahorrarse el verano y le van á jugar una mala partida á los bañeros. Un yanqui de lo más grande de la Yankilandia en cuestiones de intelectualidad, ha mandado de un puntapié á paseo al calor y á las estaciones veraniegas. No se lo ha dado con la punta del pie sin con un aparatito ingenioso que produce alteraciones de calor y frío á gusto del consumidor.

¡Que hace bochorno! Pues no hay que pensar en las playas elegantes donde se pierde el tiempo y malgasta el metal. Con poner el aparato á diez grados, el pensamiento sufre una desviación notable y recuerda con placer la capa y la camisa de franela.

¡Que llega el invierno y merdece el frió!

Probad los Cognacs de HENRI GARNIER y C.

121 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

tarías, había hablado con Hania de eso, de aquello y de lo de más allá. De modo que mi padre, un poco en bronca y un poco en serio, pero intencionadamente, había dicho la verdad.

—Mirad,—exclamó de pronto Casimiro,— ¿quién es ese que viene á caballo hacia aquí?

Miramos todos en la dirección del sendero de tilos y vimos allá en el fondo de todo una nube de polvo que se aproximaba con las rapidas del viento.

—¿Quién podrá ser? Viene á galope tendido,—observó mi padre levantándose.—Es tan espeso el polvo que es imposible distinguirlo.

El calor era sofocante; hacia dos semanas que no había llovido, y por eso, al menor movimiento que se hiciera en el camino se levantaba una densa polvareda.

Fijáronse la atención y al fin, á una distancia de algunos centenares de pasos de nosotros, apareció la cabeza de un caballo con las narices dilatadas, los ojos encendidos y la oreja suelta. El caballo se aproximaba á galope tendido y apenas tocaba el suelo con los pies; trocés de él iba saltando, sacudido el cuerpo, el estile tártaro sobre la cabeza del caballo, ni más ni menos que mi amigo Belim.

—¡Es Belim!—gritó mi hermano.

—Pero está loco. ¿Qué demonios hace? Está corra-

120

HANIA

llidad y estudia con gusto, más apesar de esto tengo que dar alguna queja de ella.

—¡Oh, señora!—exclamó Hania cruzando las manos— ¿en qué os he faltado?

—¿En qué me has faltado? Vas á saberlo enseguida: y cuando lo sepas te tocará defenderte,—replicó la francesa.—Esta muñequita en cuanto tiene un momento libre toma un libro y lee; y además tengo motivos fundados para creer que hasta por la noche, en vez de dormir, se pasa leyendo horas enteras.

—Hace mal,—dijo mi padre, que se complacía en aprovechar toda ocasión de contradecir á la francesa; —pero mucho me temo que imite en eso á la señora maestra.

—Es verdad, pero me permito haceros notar que yo tengo cincuenta y cinco años...—observó la señora de Ives.

—¿De veras? pues no le habría creído,—repuso mi padre.

—¡Ah, malot!—exclamó ella.

—Pedrá ser. Yo además sé muy bien que si Hania tiene alguna novela entre manos, no la saca á escondidas de la biblioteca, porque las llaves las tiene el padre Luis; de consiguiente, toda la culpa esa sobre la señora maestra.

Efectivamente, á la señora de Ives le gustaba leer novelas, y como también era muy aficionada á con-

117 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA

y estentaba una imagen de la Virgen cincelada en oro y acero y llevaba esta inscripción: JESUS MARIA. El sable era uno de los más interesantes recuerdos de familia, y objeto durante largos años de mis más ardientes deseos, y hasta algo de los de Casimiro, porque conocíame su magnífica hoja que cortaba el hierro como si fuera débil leño. Antes de entregármelo, mi padre le desenvainó é hizo silvar por el aire su centelleante hoja; luego describió con ella la señal de la cruz sobre mi cabeza, besó la imagen de María y entregándomela, dijo:

—Puedo ya poner este sable en manos dignas: Yo lo he llevado con honra; ahora te toca á tí hacer lo mismo.

Y nos abrazamos en silencio.

Entre tanto Casimiro había empuñado el sable, y á pesar de que á la sazón no contaba más de quince años, dió tales mandobles y con destreza tanta, que su seguridad y habilidad habrían hecho ruborizar á más de un profesor de esgrima.

Mi padre le miraba muy satisfecho.

—Ese,—dijo, llegará á ser un excelente espadachín. Pero tú también sabes tanto como él, ¿verdad?

—Sí, padre; aún podría enseñarle algo á Casimiro. De todos mis compañeros que tomaban conmigo leo-